

La Economía y sus Vecinos Científicos*

James Buchanan**

***Profesor y Director General Center for the Study of Public Choice, Virginia Polytechnic Institute. Doctor en Economía, Universidad de Chicago. Ha sido profesor en las Universidades de Miami, Virginia y California (Los Angeles). Autor de más de diez libros y numerosos artículos.*

*Originalmente este trabajo apareció bajo el título "Economics and its Scientific Neighbors" en el volumen *The Structure of Economic Science*, editado por Sherman Roy Krupp y publicado por Prentice Hall (New Jersey, 1966). Los derechos en español son de Aguilar S.A., quien autorizó su publicación.

La economía y sus vecinos científicos

James Buchanan

Existe algo que se llama "economía".* La mayoría de las universidades ofrecen cursos sobre la materia y tienen incluso facultades autónomas; ciertos cargos para profesionales especializados son ocupados por "economistas", tanto en el sector privado como en el público; se escriben, editan y, probablemente, se leen revistas especializadas y muchos libros que las bibliotecas y librerías catalogan como "economía". Todo esto hace presumir que hay un lenguaje común, ampliamente compartido, una red especial de comunicación entre quienes obtienen su título profesional, que contribuye a la eficiencia del diálogo. Un lenguaje con estas características es una condición necesaria de toda ciencia, pero no es suficiente por sí solo. La eficiencia en el diálogo debe ser medida también según los estándares de la ciencia, que son la comprensión, no la utilidad, la capacidad predictiva, no las perogrulladas, la interpretación objetiva, no la justificación razonada.

*En un reciente trabajo, que a propósito llamé un "ensayo sobre la persuasión", hice un llamado a un cambio de énfasis en la atención de los economistas y, como consecuencia, en una concepción de alguna manera modificada de la economía como disciplina científica. Mi crítica estaba dirigida principalmente a la concentración post-Robbins en el problema de la asignación de recursos independientemente del marco institucional y orgánico. Mi petición consistía, esencialmente, en que pusiera énfasis nuevamente en el rol central del comportamiento humano en las relaciones de intercambio o en la teoría del mercado, en su sentido más amplio. No repetiré aquí los argumentos allí expuestos y evitaré hasta donde sea posible los juicios normativos acerca de los límites apropiados de la disciplina que llamamos indiscriminadamente "economía". Consúltese mi trabajo "What Should Economists Do?", *Southern Economic Journal*, 30 (enero, 1964), 213-222.

De acuerdo con estos criterios, "la economía" puede ser admitida como ciencia, por lo menos en cierta medida. Propongo que comencemos con esta "economía" como un hecho empírico y que examinemos con algún detalle las relaciones de esta ciencia con sus vecinos. Antes de entrar a esta pregunta central, es útil hacer algunas observaciones sobre el desarrollo de la propia "economía". A mi juicio, y hasta donde alguien que está involucrado en la disciplina puede alcanzar a ver lo que ocurre en el conjunto, la economía presenta actualmente dos tendencias aparentemente contradictorias. La independencia de la "economía", en el sentido amplio de una disciplina, se está perdiendo rápidamente, al mismo tiempo que aumenta aceleradamente la especialización entre las subdisciplinas de la economía.

¿Fue la economía alguna vez tan independiente de sus vecinos científicos como parece indicarlo la burocracia de la especialización profesional? Su contenido emergió, hace apenas un siglo, de la "economía política", que, a su vez, había brotado, clásica y completamente llena de una más temprana "filosofía moral". Los orígenes científicos de la economía permanecen ocultos desde sus primeros expositores, y la economía política clásica manifestó una predisposición abierta hacia los cambios. Se puso énfasis en *mejorar* las instituciones que son objeto de su estudio. *Entender* aquellas instituciones fue siempre un objetivo secundario, aunque necesario. Como se sabe, el mejoramiento se materializó; las transformaciones sociales dictadas por los preceptos clásicos, hasta cierto punto, se realizaron.

El éxito obtenido por la economía clásica, en la práctica, es responsable, en parte, de la ruina de la economía como ciencia. Desde un comienzo se confundió las diferencias entre postulados científicos y proposiciones de reformas sociales. Esto llevó a los críticos —quienes acertadamente objetaban los prejuicios clásicos hacia la estructura social— a atacar, y a dar la impresión de que atacaban, las proposiciones centrales del análisis científico. Esta confusión ha fastidiado a la economía y sigue haciéndolo incluso en la actualidad. Las ciencias físicas han escapado por completo de esta confusión y en esto reside su prestigio. Solamente en las recientes discusiones sobre la bomba de hidrógeno y la radiación, ha aparecido algo que semeja la confusión elemental que se ha introducido en la economía entre predicción propiamente tal e ingeniería normativa.

Desde los comienzos de la disciplina, los economistas han estado en la posición asumida por J. Robert Oppenheimer. Y, desgraciadamente para la ciencia, han escogido tanto como parece

haber hecho éste. Como resultado de esto, el interés de los economistas ha sido rara vez científico, si alguna vez lo fue del todo, y en ocasiones ha sido abiertamente acientífico. Ha quedado demostrado que, para la mayoría, la inclinación personal por el compromiso social es demasiado fuerte, incluso para aquellos que no se dejan encandilar y que permanecen, físicamente, en las torres de marfil. En esta perspectiva, Pareto se alza dominante sobre un grupo confinado de figuras menores.

¿Qué es la economía?

Sin embargo, la ciencia avanza a pesar del ruido generado por argumentos ilógicos, y ha existido y sigue existiendo contenido en las palabras "economía" y "economista". Antes de entrar a discutir las relaciones de esta ciencia con sus vecinos, parece conveniente decir algo acerca de su contenido: ¿Cuál es el lenguaje común?, ¿Cuáles son los principios simples?, ¿Cómo identifica uno a un economista?

A modo de ilustración, propongo que diseñemos un sencillo experimento conceptual. Se ha atribuido a uno de los antiguos filósofos griegos la afirmación: *Cualquier cosa que merezca que se haga, merece que se haga bien*. Como nuestro experimento conceptual, supongamos que seleccionamos una muestra escogida al azar de entre la población general. Le entregamos a cada individuo de la muestra el adagio que citamos más arriba y le pedimos que lo comente. Luego, observamos sus comentarios e intentamos una suerte de clasificación.

Desde luego, una única prueba no puede ser absolutamente concluyente, pero es posible que el sencillo experimento propuesto pueda, de hecho, proporcionarnos una manera fácil de clasificar a los economistas y distinguirlos del gran público del cual forman parte. En otras palabras, habría una respuesta característica de los economistas para el adagio, que no sería compartida por un gran número de personas. Podrían diseñarse, desde luego, pruebas adicionales con mayor capacidad de discriminación para delimitar a los economistas del resto de la comunidad de científicos. Pero no es necesario hacerlo aquí, ya que el sencillo experimento propuesto es suficiente para ilustrar los principios elementales de la ciencia.

Las herramientas de los economistas son su capacidad y tendencia a pensar todos los problemas en términos de *alternativas*. El juicio del moralista acerca de la verdad, que dice que algo está absolutamente bien o absolutamente mal le es ajeno. La discusión

política en términos de ganar-perder, sí-no, no cae dentro de su campo visual. El no reconoce como propia la situación esto -o-aquello, o todo -o- nada. Su mundo no es el de los mutuamente excluyentes. En lugar de eso, su mundo es de ajuste, conflicto coordinado, *ganancias mutuas*. Para el economista, desde luego, hay muchas cosas que merecen hacerse que no merecen hacerse bien, desde el momento en que está entrenado profesionalmente para pensar en términos de una escala continua de variaciones, tanto en las cosas que hay que hacer como en los criterios para juzgarlas bien hechas.

Los teoremas pertinentes para el economista están contruidos sobre esta sencilla base. Esto puede ser aplicable a las elecciones, las decisiones de los individuos, las organizaciones de personas o los grupos sociales. Sin embargo, hay que tener cuidado de no exigir mucho a los economistas. Sus dominios se limitan al comportamiento de las personas al escoger entre las alternativas que se les ofrecen. Este comportamiento proporciona al economista la materia prima; su teoría de los agregados económicos estaría contruida sobre la arena, si pasara por alto las unidades elementales: los comportamientos individuales.

Las personas escogen entre las alternativas que enfrentan; sus elecciones no se excluyen mutuamente; no escogen sobre una base de esto -o- aquello. Por el contrario, las personas escogen lo "bueno" y rechazan lo "malo", eligiendo entre "más o menos". Hay pocos "bienes" claramente universales, si es que los hay, que son deseados independientemente de la variación en la cantidad; y, de igual manera, hay pocos, si es que los hay, "males" universales demostrables. Es por esta razón que el economista no habla, de hecho no puede hacerlo, de "bienes" y "males" separados de las elecciones que hacen las personas.

Sin embargo, examinando estas elecciones, el economista puede poner algunas restricciones en los patrones de conducta humana. Puede desarrollar hipótesis sujetas a comprobaciones acerca del comportamiento, que la observación puede refutar. Una vez que ha logrado identificar lo que el individuo promedio considera como "bienes", el economista puede predecir que, a menor precio de algún "bien" en relación con otros "bienes", se escogerá más de aquél. Esta es la proposición predictiva central de la economía, que puede incluir cualquier cosa, a condición solamente de que los términos "bienes" y "precios" se definan de manera suficientemente amplia. Este principio central significa que cuando se vean enfrentados a una elección, los individuos escogerán más antes que menos.

Así presentada, la proposición parece muy elemental y, para el economista, se explica por sí misma. La tarea del economista, no obstante, consiste en extender su campo de aplicación y su utilidad. Las personas escogen entre todas las oportunidades que enfrentan, pero, al hacerlo, no pueden tratar a los demás como lo hacen con el mundo físico. Una manera de escoger más antes que menos es optar por el intercambio; de hecho, éste ha sido el medio difusivo a través del cual el hombre ha expandido su dominio de "bienes". Las instituciones del intercambio, del mercado, se derivan, en consecuencia, de la interacción mutua de individuos que están continuamente ocupados en escoger más antes que menos. Como cientista "social", la función principal del economista es explicar el funcionamiento de estas instituciones y predecir los efectos de los cambios en sus estructuras. A medida que el proceso de interacción, que está examinando, se hace más complejo, es natural que la tarea del cientista económico se haga más intrincada. Sin embargo, su principio central permanece el mismo; y él puede, a través de su uso, desenredar el conjunto más enmarañado de relaciones estructurales entre los seres humanos.

El economista puede hacer esto porque tiene este principio central: una teoría implícita del comportamiento humano. Y porque lo hace, se lo califica como científico y su disciplina como ciencia. Lo que una ciencia hace o debería hacer, es permitir al hombre promedio, a través de la especialización profesional, alcanzar las cumbres del espíritu. Las herramientas básicas son los principios sencillos, encadenando éstos para siempre al profesional bien disciplinado. Sin ellos, éste es como un idiota taimado, que sólo mete ruido bajo la ilusión de estar hablando. El progreso de una ciencia se mide por la continua generalización de sus principios, por su extensión a nuevas explicaciones. En este sentido, la economía no es diferente de ninguna otra ciencia. Como mejor se mide su progreso es por la medida en que sus proposiciones centrales avanzan hacia afuera, se estiran, por así decirlo, para explicar la conducta humana que aún no se ha podido explicar; para proporcionar mayor comprensión y poder predecir las instituciones que surgen de la conducta humana. Visto de esta manera, el aporte de John von Neumann consiste en haber hecho aplicables los principios a un conjunto enteramente nuevo de situaciones a las que se enfrenta el individuo. La teoría del juego tiene un lugar entre el creciente atado de herramientas que el economista lleva consigo.

Contrasta esto con la preocupación keynesiana y postkeynesiana por la macroeconomía y los modelos macroeconómicos.

¿Proporciona esta "teoría" un conjunto adicional de herramientas al economista? ¿Extiende las aplicaciones de los principios fundamentales de la disciplina? Desgraciadamente, la respuesta es negativa. La moderna teoría macroeconómica no es en absoluto una teoría, precisamente porque se separó de la proposición central relativa al comportamiento humano. Ha evolucionado, y en la actualidad es un conjunto de modelos para trabajos de agregados económicos que tienen escaso valor predictivo. Lord Keynes, desde luego, reconoció esto y fue por esta razón que trató de atar su estructura teórica a propensiones psicológicas básicas. Estas inclinaciones, que fueron diseñadas para reemplazar los principios neoclásicos más simples del comportamiento humano, nunca han cumplido el papel que Keynes debe haber esperado de ellas; y, al parecer, los modernos constructores de modelos en buena medida no parecen siquiera tenerlos en cuenta.

Desde luego, la macroeconomía puede alcanzar el status de ciencia siempre y cuando sus proposiciones tengan implicancias predictivas. Sin embargo, si esto ocurriera, sería una ciencia completamente nueva, no economía, y sus seguidores no serían clasificados por las respuestas características de los economistas al experimento conceptual realizado en páginas anteriores. Es la desviación de la macroeconomía de los principios centrales la que tiende a crear, hoy en día, serios problemas de comunicación dentro de los confines de la misma disciplina que está clasificada profesionalmente como "economía". Cada vez se hace más difícil para los que se han especializado en macroeconomía entenderse con aquellos que parten de la base tradicional.

Aportes desde y hacia las ciencias vecinas

Una presentación esquemática

Hasta aquí nos hemos preocupado de lo que la "economía" es. Esto ha sido necesario antes de entrar en las preguntas centrales de este ensayo, que se refieren a las relaciones de esta ciencia con sus disciplinas vecinas. Podrían escribirse extensos y útiles ensayos metodológicos acerca de las relaciones entre la economía y cada una de las ciencias vecinas, pero, obviamente, aquí es esencial la selección y la síntesis. Con todo, probablemente sea útil presentar, breve y esquemáticamente, la totalidad o casi totalidad de las relaciones. Parece razonable dividirlas en dos tipos. Primero, se puede presentar el aporte que la economía puede hacer a las demás ciencias. Usando el término acuñado por Burton Weisbrod, llamaremos a estos efectos externos "spillouts".* En

segundo lugar, pueden ordenarse las contribuciones esenciales que las disciplinas vecinas pueden hacer a la economía. De la misma forma, las llamamos "spillins".*

En esta sección, sólo presentaré un cuadro de los "spillouts" y los "spillins", con una explicación muy breve de cada uno de ellos. Con el fin de simplificar, he organizado el material de manera que un solo término represente el aporte de la economía a las demás ciencias y viceversa. Se han marcado con un asterisco las relaciones que se analizarán con mayor detalle en la sección siguiente:

¿Qué puede la economía aportar a sus vecinos?

A la Ingeniería	Una actitud*
A la Historia	Restricciones
A las Letras	Pinceladas de Realidad*
Al Derecho	Limitaciones*
A las Matemáticas	Aplicaciones
A las Ciencias Físicas	Una Posición
A la Ciencia Política	Una Teoría*
A la Psicología	Un Desafío
A la Estadística	Problemas

Lo anterior es, desde luego, taquigrafía. Y, como sucede con mucha taquigrafía, el esquema puede dar lugar a mayores problemas de los que resuelve. Para aquellos puntos que no pueden ser tratados con mayor detalle, se intentará una breve aclaración, luego.

La economía puede imponer al estudio de la historia una influencia esencialmente restrictiva. La reconstrucción de los acontecimientos pasados está circunscrita por las predicciones que pueden hacerse en relación con las respuestas del hombre a las condiciones económicas de su medio ambiente, y, en cierto sentido, puede probarse la viabilidad de las medidas institucionales. De hecho, uno de los desarrollos interesantes de la econornía, que resulta de la aplicación de sus principios fundamentales, tiene que ver con el trabajo que historiadores de la economía han realizado aplicando información del pasado para probar la hipótesis central.

*Los términos no tienen traducción precisa al castellano. Como se explica su significado en el texto, hemos optado por dejarlos en inglés. N. del T.

La economía, por lo menos en principio, ofrece poco al matemático puro. Para las matemáticas aplicadas, no obstante, los problemas planteados por los economistas pueden ofrecer a su ingenio un desafío fascinante y fructífero. Y en la medida que la manipulación de la teoría pura por las matemáticas aplicadas provoque una reacción secundaria en el purista, puede haber en definitiva una influencia en el desarrollo de la matemática pura misma.

Creo que el científico físico puede aprender mucho de la economía. Esencialmente, puede aprender humildad al conocer las limitaciones que tiene la aplicación de la ciencia y del método científico a los excesivamente complejos problemas de las relaciones humanas. Hasta el punto que, por comparación, se dará cuenta que sus problemas son, en realidad, elementales; a pesar de sus grandes logros, deviene en un mejor científico, a la vez que mejor ciudadano.

Al psicólogo los economistas le ofrecen un desafío permanente. ¿Proporcionénnos una hipótesis que explique mejor el comportamiento! Los economistas saben, desde luego, que la maximización de utilidades no "explica" todas las conductas, ni siquiera una parte importante de ellas. Sin embargo, su éxito se mide por la pertinencia de esta hipótesis. Los psicólogos objetan los supuestos conductuales de los economistas, pero ellos no han proporcionado suficientes hipótesis explicativas alternativas para el desarrollo de una teoría general de la conducta humana en la estructura social. Quizá lo logren; el desafío está ahí hasta que lo hagan.

La estadística está en una posición muy parecida a la de las matemáticas aplicadas, si es que es necesario diferenciar ambas disciplinas. Las pruebas que buscan los economistas y la ayuda que necesitan de ellos para idear estas pruebas, pueden abrir áreas de investigación que de otra manera permanecen cerradas.

¿Qué puede la economía aprender de sus vecinos?

De la Ingeniería	Una advertencia*
De la Historia	Esperanza
De las Letras	Inspiración
Del Derecho	Una estructura*
De las Matemáticas	Un lenguaje
De las Ciencias Físicas	Una moral*
De las Ciencias Políticas	Información
De la Psicología	Una compuerta
De la Estadística	Diseño*

Ahora podemos examinar, muy brevemente, aquellos "spillins" a la economía y los economistas —no marcados con asterisco— por parte de aquellas disciplinas vecinas y que, en consecuencia, no serán analizados más detalladamente.

La idea de progreso que se introdujo en el pensamiento académico liberal de los últimos dos siglos, en cierta medida, ha desaparecido. Sin embargo, la historia enseña a los economistas y a todo aquel cuyo tema es el orden civil humano, que hay una última esperanza. En muchas ocasiones, el hombre puede, y lo hace, comportarse mal de acuerdo con casi todos los patrones. Pero aprender más acerca de cómo actúa efectivamente, sólo puede significar que, finalmente, podría decidir reformar sus instituciones, de manera de guiar sus impulsos adecuadamente. La historia debería enseñar al economista que no hay que volver a repetir en el futuro los lamentables errores del pasado. La historia debería proporcionar esperanza.

Los economistas han descuidado las artes y las letras demasiado tiempo, nada más que por error y confusión. Los "bienes" a los cuales los hombres aspiran, no deberían concebirse, de ninguna manera, como vulgarmente materialistas, en la terminología común. El economista toma al hombre esencialmente como es y lo observa escogiendo sus propios "bienes", al mismo tiempo que evitando sus propios "males". Pero a medida que la abundancia permite al hombre elevarse por sobre la subsistencia mínima, sus "bienes" aumentan hasta incluir aquellas cosas que constituyen la preocupación exclusiva de las artes y las letras. El hombre aspira a desear mejores cosas; quiere cambiar sus gustos y deliberadamente decide modificar el listado de "bienes" que le interesan a él. Está bien que investigadores competentes estén ahora dedicando atención a la economía de las bellas artes.

El lenguaje que la matemática proporciona a los economistas, complementario al suyo propio, ha sido ampliamente reconocido y comprendido. Su contribución a la productividad de los economistas, en el margen, puede ser cuestionada, pero la integral de la función de producto debe ser sin duda grande.

¿Qué puede aportar al economista la ciencia política, en su organización tradicional? Básicamente, le proporciona un registro, información de estructuras sociopolíticas que éste puede, si lo desea, utilizar en sus experimentos conceptuales y prácticos. Los gobiernos tienden a hacer muchas cosas, y muchas de ellas en forma tonta. El cientista político lleva el archivo institucional.

La psicología amenaza siempre con minar por completo los sencillos principios del economista o convertir su modelo en un

castillo de naipes. La conducta humana es errática, irracional y, a menudo, absolutamente impredecible. Con frecuencia, la explicación ilógica reemplaza a la explicación lógica. Enfatizando lo ilógico, las motivaciones "más profundas" y los impulsos que guían la psiquis humana, el psicólogo desmenuza continuamente los modelos predictivos del economista. Hasta cierto punto, estos modelos permanecen en un estado análogo al de la física newtoniana, mientras el psicólogo espera alcanzar el salvoconducto relativista. Hasta la fecha, no ha tenido éxito, pero el economista inteligente está siempre alerta.

Ninguno de los dos listados anteriores está completo. Y la brevedad con que se ha tratado los "spillouts" y los "spillins", seguramente ha servido tanto para confundir como para iluminar. Para los que no son economistas, especialmente, la necesaria esquematización puede haber dado lugar a que se hayan levantado más banderas rojas de las que teníamos intenciones de levantar.

Los "spillouts" importantes de la economía a disciplinas vecinas

Me propongo analizar, ahora más detalladamente, los cuatro importantes "spillouts" de la economía, marcados con asterisco en el listado anteriormente presentado.

Ingeniería

En el sencillo esquema expuesto en páginas anteriores, sugerí que la economía aporta una actitud al ingeniero y a las ciencias de la ingeniería. Entiendo por ciencias de las ingenierías todos aquellos estudios orientados instrumentalmente hacia el logro de objetivos específicos. En otras palabras, el fin de la ciencia no es la comprensión, sino más bien el mejoramiento; hacer que las cosas caminen. En consecuencia, no pongo bajo este título solamente a la ingeniería física, tal como se concibe comúnmente, sino también a la ingeniería comercial, más conocida como administración de empresas e, igualmente, a la ingeniería social.

Como ya he sugerido, a menudo los economistas se han visto, a sí mismos, principalmente como ingenieros sociales, y su interés se ha orientado a mejorar las estructuras sociales antes que a hacer predicciones de carácter científico. Esto ha provocado mucha confusión y sigue provocándola. No hay, por supuesto, ninguna razón para no tomar a la ingeniería social como una actividad

legítima, dentro de ciertos límites. Pero la actividad del ingeniero social no es la del economista científico.

Lo mismo ocurre con el ingeniero comercial. Una de las tantas tragedias de la educación americana ha sido que se asocie a la economía con la ingeniería comercial. Igual que en el caso anterior, el ingeniero comercial hace un trabajo adecuado, pero éste es completamente distinto del que realiza el economista. Sin embargo, y en esto hay que poner énfasis, el ingeniero comercial está exactamente en la misma relación con el economista que el ingeniero social. La supuesta arrogancia de quienes se llaman, a sí mismos, economistas y actúan como ingenieros sociales, despreciando a los ingenieros comerciales, debe ser reprobada.

Habiendo definido lo que entiendo por "ingeniería" e "ingeniero", puedo ahora desarrollar lo que quiero decir con esto de que el economista puede contribuir con una "actitud" que es sumamente útil, como ha quedado ampliamente demostrado. El economista está entrenado para pensar en términos de alternativas; su actitud es de búsqueda de alguna solución óptima entre las alternativas disponibles y, paralelamente, el estudio de la conducta de las personas. Los ingenieros, con demasiada frecuencia, fracasan en considerar suficientemente las alternativas como un patrón espontáneo de pensamiento. Por el contrario, tienden a pensar en términos de objetivos definidos y medios específicos.

Los mejores ejemplos del aporte del economista a la ingeniería, a este respecto, los proporciona todo el campo de la investigación de operaciones. La idea central aquí es, esencialmente, descubrir las alternativas disponibles y examinar la posibilidad de lograr los mismos objetivos con estas alternativas, dispuestas según algún criterio aceptable. Una parte predominante del desarrollo en esta área de estudio se debe a aquellos entrenados profesionalmente como economistas.

La actitud que es pertinente aquí es la que emerge en forma natural de una concentración en la asignación de medios escasos entre fines alternativos, que constituye la definición tradicional de un problema económico. Para muchos de mis colegas profesionales, el talento característico del economista reside en esta actitud, quien actúa siempre esencialmente como un ingeniero. No niego, por supuesto, su valor para el ingeniero, sea éste técnico, organizacional o social, pero prefiero separar este "spillout" de los principios centrales de la economía. Esto no significa negar que el aporte hecho por los economistas, en este caso, no sea altamente productivo. Es indispensable que haya profesionales

especializados concretamente en medir y analizar el costo relativo de las alternativas. Y, dado el estado actual del mundo científico, los economistas están prácticamente mejor equipados para hacerlo que cualquier otra persona. Sin embargo, yo sólo debo enfatizar que al hacerlo, trabajan como ingenieros, no como economistas.

Letras

Los hombres de letras deberían conocer por lo menos de vista a la economía y a los economistas. El aporte de la economía, en este caso, consiste en imponer la realidad sobre la tendencia natural del hombre a soñar. El economista es prácticamente el único que toma al hombre tal como es y no gasta esfuerzos soñando con la perfección humana. Para el humanista, entonces, la perspectiva del economista es, indudablemente, funesta, y despreciable su preocupación por los móviles más bajos del hombre. No podría ser de otra manera; no se puede esperar del humanista que "ame" al economista como compañero académico. En efecto, su verdadera intención es estirar el modelo del hombre común del economista más allá de sus límites naturales, y su éxito se mide por su capacidad para hacerlo. El economista proporciona la base desde donde parte el humanista. Esencialmente, el economista representa un realismo hobbesiano siempre presente, que se alza frente al inocente romanticismo de todos los rousseauianos.

El utopismo ha dejado de ser la enfermedad que una vez fue y, en la medida que ha desaparecido, las restricciones del economista tienen hoy día menor valor para el humanista. Incluso los últimos vestigios del utopismo, representados por la concepción romántica de la siempre benevolente burocracia y el despotismo del Estado que todo lo abarca, han sufrido un duro golpe por el curso de los acontecimientos a través de la historia. Tal vez haya necesidad actualmente de un nuevo utopismo, más que por lo opuesto, lo que parece reflejarse en las olas de desilusión y desesperación del mundo moderno. ¿Qué futuro tienen los estudios humanistas en un mundo absurdo? Puede que el rol del economista haya vuelto a su punto de partida: ¿Es exagerado afirmar que el sobrio realismo puede, de hecho, atraer renovada atención sobre un orden humano alcanzable?

Cuando finalmente se reconozca que el hombre no es ni un noble salvaje ni está perseguido por el pecado original, la racionalidad elemental que está en el centro del modelo del economista puede también llegar a ser objeto de sueños.

Derecho

El derecho proporciona el medio a través del cual los seres humanos imponen restricciones a su propia interacción. Los sencillos principios de la economía imponen limitaciones en la operación de estas restricciones, al igual que los principios de la física imponen limitaciones a las máquinas diseñadas por los ingenieros. El derecho puede modificar las condiciones bajo las cuales los seres humanos escogen entre alternativas; no puede actuar directamente sobre la elección. La economía parece generar afirmaciones absurdas por parte de sus críticos; pero ninguna supera la discusión acerca de la "derogación de la ley de la oferta y la demanda". Hombres inteligentes y sofisticados, que permanecen como analfabetos en economía, hablan como si las elecciones humanas pudieran ser modificadas por restricciones legales, en oposición a las modificaciones de las condiciones para la elección. Y sobre esta base se promulgan, y se hacen cumplir, leyes que tienen el efecto de impedir que se alcancen los objetivos para los cuales fueron diseñadas.

Las leyes sobre salario mínimo constituyen el mejor ejemplo. Hombres razonables apoyan esta legislación, basados en que ella ayudará a los más pobres. El efecto es, desde luego, el contrario, como debe afirmar el más sencillo de los principios económicos. Si se exige a los empleadores el pago de un salario mínimo, éstos emplearán menos trabajadores que reciban el salario mínimo, en lugar de más. Los trabajadores de baja productividad quedan desempleados o deben cambiarse a empleos que no están sujetos a un salario mínimo. La ley perjudica a los trabajadores más pobres y de más baja productividad.

Los ejemplos como éste se multiplican. Las leyes que desconocen los sencillos principios económicos pueden causar mucho daño y, a pesar de ello, vemos que el reconocimiento de las limitaciones que la economía debiera imponer a la legislación no aumenta. Esto desespera a los economistas, que quieren ver su ciencia aplicada en la práctica.

Ciencia Política

Para los científicos políticos, puede parecer el colmo de la arrogancia decir que la economía puede proporcionar "una teoría" para explicar o predecir las decisiones políticas. Sin embargo, se hace cada vez más evidente que los avances teóricos importantes en la explicación de los fenómenos políticos han sido obteni-

dos principalmente por quienes enfocan la materia como economistas. No es difícil encontrar la razón. El cientista político no ha incorporado, tradicionalmente, una teoría del comportamiento humano a su estructura del proceso político. Para él, la "teoría" nunca ha implicado predicción. Por el contrario, la teoría política ha sugerido tratados filosóficos normativos sobre los objetivos y aspiraciones del orden político. En esta tradición se encuentra poco, si es que algo, de la ciencia positiva.

El economista, desviando su atención hacia la conducta del hombre para alcanzar, de acuerdo con sus compañeros, decisiones colectivas en algún sistema político, trae consigo preparado, por así decirlo, un postulado básico de conducta. Mediante su uso es capaz de hacer predicciones, adelantar hipótesis conceptualmente refutables. Esto lo hace con pleno conocimiento de que el valor predictivo de sus proposiciones es mucho menor que el que tienen las correspondientes proposiciones relativas a la conducta humana en la relación de mercado estrictamente definida. Está preparado para aceptar el hecho de que su "explicación" de la política está lejos de ser completa. Pero puede sostener que tiene una "teoría de la política", de la forma en que los hombres se conducen en la toma de decisiones colectivas.

Es, esencialmente, este enfoque "económico" de la política el que, desde la década de 1940, ha atraído la atención como una importante área académica interdisciplinaria. El trabajo aún está en pañales, pero los estudios académicos, con toda seguridad, avanzarán rápidamente en las próximas décadas.

"Spillins" importantes de otras disciplinas a la economía

Terminado el análisis de los cuatro "spillouts" más importantes, las contribuciones que la economía y los economistas pueden hacer a sus vecinos científicos, examinaré enseguida los "spillins". El "intercambio" entre las disciplinas es claramente multilateral, y el economista puede aprender mucho del mundo más amplio de la actividad académica. Como economista, me resulta más difícil abordar en este ensayo los "spillins" que los "spillouts", porque a los primeros les permitimos influir en nuestro pensamiento de manera más o menos inconsciente.

Ingeniería

En el esquema presentado anteriormente, he sugerido que el aporte de la ingeniería a la economía consiste en una "adverten-

cía". Invirtiendo la afirmación, podemos decir que las ciencias de la ingeniería ofrecen al economista una constante "tentación", y éste tiene que estar siempre en guardia para no olvidar su posición especial en el mundo científico. El argumento aquí es prácticamente el mismo que se dio más arriba con respecto al aporte del economista al ingeniero, a la inversa. La tarea del economista no es propiamente la de mejorar o hacer que las cosas funcionen, sean éstas máquinas, organizaciones comerciales o el sistema social. Estas son tareas de la ingeniería, y el economista debe tener cuidado de no precipitarse en el papel de ingeniero. Hay aportes específicos que el economista puede hacer a la ingeniería, según hemos visto. Pero la ingeniería es ingeniería, no economía. Y el ingeniero, sea éste comercial, social o técnico, como mejor puede contribuir al desarrollo de la ciencia económica es impidiendo celosamente que los economistas invadan su campo. Profesionalmente, el ingeniero debiera negarse a que lo asocien con el economista y oponerse a todos los intentos de éste por entrar en los límites de su disciplina. La "ciencia de la administración" debería ser aislada y mantenerse separada de la ciencia económica. Pero lo mismo debería hacer la "ingeniería social" o "la ciencia de la administración social", de la cual demasiados economistas reclaman que cae dentro su competencia.

Derecho

¿Qué puede aportar a la economía el estudio del derecho? La respuesta es clara, pero sus implicancias son pasadas por alto con demasiada frecuencia. La economía busca explicar las interacciones humanas en un medio en que crecen y se desarrollan instituciones; y la mejor descripción de ese ambiente se logra describiéndolo en términos del conjunto de normas legales que condicionan las elecciones de las personas. La preocupación esencial para el economista es la conducta humana en las instituciones sociales, no la conducta humana en abstracto. La tendencia de los teóricos de la economía a pasar por alto este sencillo hecho, provocó la reacción de los institucionalistas americanos, una reacción cuyo énfasis, sin duda, fue mal dirigido, pero que, no obstante, dejó al descubierto una seria deficiencia en la evolución de la ciencia económica. Queda mucho trabajo imaginativo y crítico por hacer en economía, para extender la aplicación de los principios al conjunto de disposiciones legales que pueden observarse en una sociedad específica.

¿Hasta qué punto se supone que las reglas, las leyes, las

instituciones sociales varían en el contexto implícito de la teoría económica del bienestar? El economista que haya examinado esta literatura sabrá que no se sugiere ninguna respuesta. Y, sin embargo, es evidente que todo el ejercicio tiene poco significado, mientras no se respondan estas preguntas. Si, de hecho, no se van a cambiar las leyes, cada individuo alcanza automáticamente la *optimalidad* de Pareto actuando dentro de las limitaciones impuestas sobre él. Toda la discusión sobre la *optimalidad* de Pareto debe, en consecuencia, implicar algún cambio en las leyes que rigen el comportamiento humano. ¿Pero, exactamente, qué leyes deben ser sometidas a cambio? ¿Deben ser las disposiciones dominantes de la constitución las que regulen los cambios que están permitidos? No responderemos a estas preguntas aquí, pero el sólo mencionarlás sugeriría la necesidad de una mayor conexión entre la estructura de la teoría económica, por una parte, y el marco legal e institucional, por la otra.

¿Cómo debería empezar un trabajo de ese tipo? Lo lógico parece ser partir con la estructura institucional que se observa actualmente. El análisis teórico puede ser aplicado a esta base real. Esta teorización institucional debería arrojar resultados fructíferos. Es en este contexto que economistas como Armen Alchian y Ronald Coase han hecho, y siguen realizando, provechosos estudios sobre la economía de los derechos de propiedad.

Ciencias Físicas

Frank Knight ha dicho que los economistas deberían aprender la moral y no el método de las ciencias físicas. Hay algo importante en lo que dice Knight y vale la pena analizarlo. Los físicos son científicos en un sentido más completo de este emocionante término que la mayoría de los economistas. Con raras excepciones, han sido capaces de sacar adelante una argumentación razonable en forma crítica y desapasionada, sin los visos ideológicos que han infectado la comunicación efectiva entre los economistas. Tienen más respeto por la "verdad", por lo menos así le parece al que está fuera de sus dominios. Tal vez esto se deba a que sus criterios son más precisos; esto, en sí mismo, engendra una moral científica, de la cual los científicos sociales parecen carecer. Se ha celebrado mucho una afirmación de Hobbes de que nunca se habría llegado al acuerdo de que dos más dos son cuatro, si alguien se hubiera beneficiado argumentando otra cosa.

Hasta cierto punto, esto es verdad. Las ciencias físicas han avanzado tan rápidamente, porque los avances no han tenido

implicancias sociales directas. La economía y los economistas han tenido esta gran desventaja, porque no pueden, incluso si tratan, separar su teoría de implicaciones sociales.

¿Debieran tratar los economistas de ser científicos puros? ¿Deberían buscar la verdad independientemente de los valores? Esta materia sigue siendo debatida y el hecho de que sea discutible, o se crea que lo es, sugiere el estado de la ciencia. Gunnar Myrdal y otros sostienen que no hay proposiciones independientes; que en economía la "verdad" emerge de los postulados básicos de valor que sería mejor dejar en claro desde el comienzo de la discusión. Si se la toma en serio, esta posición deja fuera de la disciplina todo contenido científico y reduce el debate a una bulliciosa torre de Babel. Para mantener el respeto consigo mismo, el economista debe creer firmemente que su disciplina contiene un cuerpo independiente de verdades, verdades que pueden ser extraídas independientemente de los juicios de valor.

Estadística Teórica

Rutledge Vining me ha inculcado el aporte que la estadística teórica puede hacer al estudio de la economía. Los profesionales de nuestra disciplina han sido demasiado proclives a mirar directamente los resultados del proceso económico observables en el momento y a inferir de ellos implicancias de contenido teórico y político. La teoría estadística obliga a reconocer las secuencias temporales de los resultados que se pueden observar y las variaciones en la distribución a lo largo del tiempo. La misma presencia del azar en el universo económico parece haber sido muy descuidada en el desarrollo formal de la teoría que utilizamos. Una vez que empezamos a reconocer que todos y cada uno de los sucesos en el tiempo y el espacio no están predeterminados, sino que contienen algo de casualidad en su generación, resultan mucho más difíciles las inferencias directas de los resultados observados en un instante.

¿Hasta qué punto la distribución del ingreso entre las personas puede ser explicada por variaciones casuales? ¿En qué medida la distribución de las personas en el espacio puede ser explicada por selección casual? Hechas estas preguntas, queda claro que mientras no tengamos una idea aproximada de las respuestas, no podemos en realidad evaluar las implicaciones de ninguna distribución observable. Al diseñar sus experimentos conceptuales, el economista no puede dejar de lado la relevancia del azar o la suerte al determinar los resultados. Esto, desde luego, hace que

sea más difícil refutar sus hipótesis, pero es preferible que proceda sin falsas esperanzas sobre un rigor que no existe.

La verdad no es fácil de conseguir en un mundo de incertidumbre, pero una vez aceptado esto, somos mejores científicos.

La estadística teórica puede contribuir en el diseño de experimentos y variar incluso el pensamiento del economista respecto del diseño. El estadístico reconoce que no escoge directamente entre resultados, asignaciones o distribuciones. Su elección es entre reglas que van a restringir o confinar el rango de posibles resultados y de los criterios con los cuales se va a juzgar la operación de las reglas. Esta actitud es de la mayor importancia para el economista y le puede enseñar una gran lección. El énfasis exagerado en los problemas de asignación ha hecho que demasiados economistas piensen en términos de escoger directamente asignación de recursos, distribuciones de ingreso, etc. Si se piensa en esto, se ve de inmediato que las variables no están dentro de los límites de la elección social, aun en el caso de que ésta se acepte como información apropiada para el economista. La sociedad escoge entre varias posibles reglas que restringen o condicionan la conducta humana. Estas reglas generarán resultados que pueden ser examinados en términos de asignación o distribución. Sin embargo, una vez que se traslade el énfasis a las opciones entre reglas, toda la estructura de la discusión de los criterios de bienestar se traslada y con ventajas obvias.

Interdependencia especializada. Un ejemplo específico

En la introducción sugerí que podían observarse dos tendencias en el desarrollo de la economía moderna. Primero, la interdependencia de la ciencia con respecto a sus vecinos parece estar desapareciendo rápidamente, mientras que, al mismo tiempo, la especialización profesional dentro de la disciplina va muy de prisa. A simple vista, éstas son tendencias contradictorias, pero en un examen más detenido, la contradicción desaparece. Lo que parece estar sucediendo, en la mayoría de los casos, es la aparición de una nueva orientación de la especialización profesional que no ha encontrado aún su lugar en la estructura de la organización profesional y los programas de estudio. Aparece cada vez más claro que los canales de la comunicación efectiva no se extienden a través de la disciplina que llamamos indiscriminadamente "economía", y que algunos "economistas" son capaces de comunicar se mucho más efectivamente con profesionales de las disciplinas

no económicas que con aquellos que presumiblemente están en su misma categoría profesional.

Ilustraré este desarrollo, que creo puede generalizarse para varias áreas, haciendo referencia a un solo campo interdisciplinario, con el que he estado personalmente relacionado: me refiero al trabajo que han hecho economistas que han extendido los simples principios de su disciplina a las decisiones políticas, a la toma de decisiones en un contexto distinto al del mercado.

Como ya he sugerido, gran parte de los primeros trabajos fueron hechos por economistas, pero recientemente unos pocos cientistas políticos se han comprometido directamente en este campo académico. Al mismo tiempo, en otras áreas se han realizado trabajos independientes, pero estrechamente relacionados. Los economistas que han trabajado en la "teoría de los equipos", en la "economía de la información", en la "teoría de la organización", han utilizado construcciones similares. Los psicólogos que se han ocupado de la técnica de los grupos pequeños, todos los académicos que han trabajado en la teoría del juego y, especialmente, de los juegos cooperativos de suma no cero, también caen dentro del campo interdisciplinario que está emergiendo. Incluso hay unos pocos filósofos que, en su preocupación por lo que se llama "utilitarismo normativo", caen dentro de la red de comunicación interdisciplinaria.

A través de este desarrollo se hace mucho más fácil y más interesante, como también más productivo, para el economista que trabaja con decisiones no de mercado, comunicarse con el cientista político positivo, el teórico de los juegos o el psicólogo de la técnica de la organización, que comunicarse con el macroeconomista de modelos de crecimiento, con el que escasamente encuentra algún terreno común. Si esta interdependencia especializada es, de hecho, general a varias especializaciones que están emergiendo, puede esperarse que resulte, en definitiva, en algunos movimientos hacia la institucionalización profesional. Hasta cierto punto, esto ya ha sucedido en áreas como la ciencia regional. Estos movimientos no debieran ser desalentados por el inherente conservadurismo de la ortodoxia disciplinaria establecida. En cuanto la especialización interdisciplinaria emerge genuinamente de los canales en transformación de la comunicación académica efectiva, los pasos que se dan para extraer esta comunicación, junto con romper los límites tradicionalmente establecidos entre las disciplinas, representan eficiencias agregadas.

Conclusiones

El punto de partida de este ensayo ha sido la organización o corporeidad empírica de la "economía" como una disciplina científica. Deliberadamente, he interpretado la economía en forma estrecha, como una ciencia y un conjunto positivo de proposiciones conceptuales refutables sobre la conducta humana en una organización social. El contenido normativo, que a menudo se dice está presente en la disciplina, ha sido definido aquí simplemente como fuera de los límites de la discusión. Creo que es así como debería ser, aunque reconozco que muchos metodólogos altamente competentes discreparán agudamente con mi posición acerca del tema. Admito que hay un contenido positivo en la ciencia de la economía, y es este contenido positivo el que actualmente necesita ser acentuado y enfatizado, tanto por los profesionales como por sus vecinos. Básicamente, el rol del economista debe ser el de intentar entender un cierto tipo de conducta humana y la predicción de las estructuras sociales que emergen de esa conducta. Finalmente, el economista debe tener la esperanza que sus simples verdades extendidas pueden llevar a "mejoramientos" en la estructura de estas instituciones, a través de la capacidad de las instituciones para modificar las condiciones de la elección humana. Pero el mejoramiento debe permanecer como su objetivo secundario y subsidiario; se aproxima peligrosamente a la acción irresponsable cuando deja que su celo por el progreso social, como él lo concibe, predomine sobre su búsqueda y respeto por la verdad científica, como está determinada por el consenso de sus iguales.

Esto no significa que el economista científico deba permanecer en el reino de la teoría pura y evitar todas las discusiones sobre política económica. Puede haber, y debería haber, una teoría sobre la política económica. Y el economista, analizando los resultados de líneas alternativas de acción, puede ser de gran ayuda al que toma las decisiones sociales. Pero el economista, como tal, no tiene nada que hacer como ingeniero social. Puede tener la esperanza de que su luz, finalmente, va a ser utilizada para producir algún calor, pero debería vivir con la esperanza y negarse a convertirse en un activista. Puede indicar a los hombres las oportunidades para reorganizar sus instituciones sociales, de manera de lograr los fines que aspiran a obtener. Pero las decisiones finales en una sociedad libre corresponden a los individuos que participan en esa sociedad. Los hombres pueden escoger vivir en forma primitiva y negarse a reconocer los sencillos principios que los

economistas repiten continuamente. Si ellos así lo desean, están en su derecho, y no es labor del economista, ni de ningún otro, decir que "deberían" escoger necesariamente de otra manera. La tarea del economista y de la ciencia económica termina cuando las sencillas proposiciones han sido presentadas.

Si el economista puede aprender de sus colegas de las ciencias físicas, y aprender en un tiempo adecuado, de modo que el respeto por la verdad predomine por sobre todo lo demás y que sea el juicio de valor final que impregne toda ciencia, puede aún rescatar la disciplina de la amenazante precipitación actual en el absurdo, el olvido y el desprestigio. En gran escala, no parece estar aprendiendo y si algo está sucediendo es que el científico físico parece estar más en peligro de aceptar la perversa confusión que ha infectado a los economistas durante generaciones. Pero hay unos pocos síntomas alentadores y éstos se encuentran en las áreas genuinamente excitantes de la interdependencia interdisciplinaria especializada que están floreciendo. Un segundo rayo de esperanza reside en la actitud de los académicos jóvenes, tanto en economía como en las disciplinas vecinas. Su actitud es de justa crítica a todas las ideologías. Al emocionalmente comprometido socialista o libertario, que también hace alarde de ser economista, estos académicos jóvenes pueden parecerles como desinteresados, faltos de pasión, como "peces helados". Pero en la medida que lo son, la economía está ganando estatura como ciencia y sacudiéndose el pesado y excesivo crecimiento del compromiso social. La economía que puede erigirse por completo como ciencia, no interesará a los reformadores que han ocupado demasiado sus asientos en pasadas décadas; pero para aquellos que buscan la verdad, la disciplina se hará valiosa por sus esfuerzos.

El desafío permanece con aquellos que son y llegarán a ser economistas. El pesimista observa la prostitución y se preocupa de la moralidad científica. El optimista coge los rayos de esperanza y proyecta la prosperidad. La respuesta final dependerá, a lo mejor, tanto de la evolución impredecible de las instituciones sociales, guiadas sólo en parte por elecciones racionales, como de las decisiones deliberadas de los profesionales.